

COLOQUIO ANUAL TRILCE/ BUENOS AIRES

07 de Noviembre del 2020

Los tempestuosos noventa fueron el marco de mi infancia. Nunca viajé a Disney ni a Las Leñas porque en casa, como en muchas otras del país, las cosas venían desmejorando a pasos acelerados. Hubo gastos a recortar, sin embargo, sostener inglés particular parecía ser una consigna incuestionable, incluso yendo a regañadientes.

Así, atesoro algunos recuerdos de mis 10 años en lo de Miss Martha, una vecina nativa de EE.UU que se había radicado en Argentina hacía poco tiempo.

Aprender un idioma que no me interesaba aprender, tenía sus molestias. Sin embargo, encontré una estrategia que se le había pasado a Miss Martha en su escaso acervo pedagógico. Las tardes frente al televisor mirando una serie de origen estadounidense despertaron en mí cierto interés por el idioma. En realidad mi interés radicaba en escuchar los diálogos doblados al español y traducirlos al inglés. Ese pasaje de una lengua a otra era para mí un ejercicio tan arduo como encantador. Encontraba en ese pasaje formas de decir, equívocos, sonoridades, chistes, invenciones con la palabra no sólo en la lengua inglesa, sino también que fue un ejercicio para pensar mi propia lengua.

Por otro lado, cuando en ocasiones cotejaba mi versión en inglés con la versión original (gracias a los videos que amorosamente una amiguita que tenía televisión por cable me compartía) volvía a encontrarme con nuevas formas de decir. En definitiva me sorprendía con los giros y las singularidades de cada y en cada lengua.

La serie a la que me refiero era una comedia de situación protagonizada por una cautivante Fran Fine, de origen judío, que por accidente es contratada por Maxwell Sheffield: un viudo y millonario productor teatral de Nueva York, padre de tres niños.

Quiero compartirles una escena (esta vez extraída de Youtube y no de mi videocasetera) en la que se ve a la protagonista intentando descubrir quién era la celebridad que, tras las vendas, se recuperaba en la casa Sheffield.

(ESCENA)

En la escena se juega con la confusión del nombre propio Cher y la palabra en inglés Share (compartir) que homofónicamente son similares. De ahí el equívoco y el chiste.

Traducido al español, el traductor le hace decir a la protagonista aquello que nos aclara el juego de palabras; es decir, se agrega la explicación que en inglés Share es compartir y es eso lo que la Srita Fine le recrimina al protagonista.

No hay palabra en nuestra lengua que tenga la sonoridad de Cher y que aluda a “compartir”...repartir, dividir, distribuir, auxiliar, colaborar, participar... ninguna juega homofónicamente con el sonido de la palabra Cher. La única manera de que los hispanohablantes podamos captar el chiste, es mediante la explicación.

Ahora bien, ¿el chiste traducido comporta el mismo brillo que en su lengua original? Seguramente no. Pero incluso si existiera una palabra en la lengua española homofónica a Cher, tampoco comportaría la misma gracia. No es por la vía del sentido que se resuelve esa no relación sexual entre lenguas.

Parece ser entonces que en cada lengua (y al interior de cada una) el equívoco tiene algo de intraducible: con su acento, su ritmo, su sonoridad, resuena de un modo singular.

En los intersticios

Años más tarde de aquellos juegos de traducir, me pregunto: ¿Cómo se dicen las cosas en una lengua? ¿Cómo encontramos en nuestra práctica, esas marcas que permiten leer la historia de cada quién?

La lengua como práctica del lenguaje, lo excede. Nos servimos de esas aguas del lenguaje de la que hablan muchos autores para (en el mejor de los casos) habitar la lengua. A la lengua podemos transformarla, podemos retorcer expresiones, crear neologismos, también atacarla, podemos jugar e intervenir en ella.

En ese ejercicio de habitarla, nos creemos dueños por hablarla pero ciertamente le pertenecemos porque nos aloja; ella nos tiene a nosotros. De esta manera, la lengua determina nuestra forma de pensar, de vivir.

En el texto *“El fetichismo”* (gracias Enrique Tenenbaum por la referencia) Freud nos trae un caso de un joven que había elevado a la condición fetichista cierto *“brillo en la nariz”*. Aclara que el paciente había sido criado en Inglaterra pero luego se estableció en Alemania, donde olvidó casi por completo su lengua materna. En este sentido, y con una notable perspicacia, Freud advierte: *“ese fetiche que provenía de su primera infancia, no debía leerse en alemán”*

sino en inglés” Es decir, *Glanz* (brillo en alemán) debía escucharse como *Glance* (mirada en inglés, su lengua de origen) Freud hace pasar la consonancia entre una y otra lengua interpretando en la lengua de origen del paciente y no en la que se comunicaba.

En cada lengua las cosas se dicen de una manera que no es repetible en otras. La lengua hace cuerpo, nos dice de la historia de quien la habita. Cada quien la crea, la actualiza y de esa manera, la lengua vive.

Hace poco un paciente decía sentirse *“un poco monchi”* ante una situación que tuvo que atravesar. *“Qué se yo. Yo siempre le dije monchi”*

Lacan afirmó que la base de la clínica psicoanalítica es lo que se dice en un psicoanálisis: ¿que se dice sino lo que se escucha? Lo que se dice es producto de un habla y también de la escucha.

La traducción implica pasar de una lengua a otra. No sólo se pasan los contenidos sino que la traducción también hace pasar modos de pensar y de organizar un mundo. Lo intraducible está ahí para recordarnos la singularidad de cada lengua y la imposibilidad de la transparencia entre ellas ¿Cuánto hay de traducción en nuestra práctica?

En nuestra práctica, no se trata de pasar a la conciencia lo inconsciente sino que el decir del sujeto se vea transformado por la lectura que su decir produce. No se trata de transformar lenguas o de convertir los dichos del analizante en otros, sino de llevar al sujeto a encontrarse con eso que no sabe de él. La escucha no es sin la lectura de esas costuras enigmáticas, leemos en esas marcas significantes, un modo de decir de cada quien.

Fiorella Moriconi

Coloquio Trilce Buenos Aires 2021